

# Recordando al poeta Arnaldo Sepúlveda

Gilberto Hernández  
Poeta

**E**n la década del ochenta compartí estudios con el poeta Arnaldo Sepúlveda. Nos hicimos amigos muy pronto y un día, de buenas a primeras, me anunció que salía de la isla. Se iba a vivir con su compañera, quien más tarde sería motivo de varios de sus poemas bajo el nombre de Popa. Estando él fuera del país nos comunicamos y me solicitó que aclarara, en lo posible, que el libro “Sangre y Clamor”, de su autoría, no era una publicación que él avalara, sino un poemario de estricto corte adolescente e inmaduro que publicaban sin su consentimiento. Hice todo lo que estuvo a mi alcance. Años más tarde el Instituto de Cultura Puertorriqueña le publicaría “El Libro de Sí”, con el que estaría ampliamente satisfecho, y publicarían varios de sus poemas en la Antología de poesía puertorriqueña en Nueva York “Papiros de Papel”, editada por Pedro López Adorno.

A su regreso al país comenzó a trabajar en el Tribunal Supremo como traductor y conversamos en varias ocasiones. Tras la renuncia a su trabajo intensificó el hábito y entonces solíamos almorzar, y en ocasiones cenar algún sábado en la noche, con alguna frecuencia. Aparte de nuestras conversaciones producto de la amistad, en la que se conversaban cosas de todo tipo, estaba interesado en que le publicara sus libros, “Top of Form

Jugar al escondite de Popa y su señorito Pinguin, colindantes y desamados”, y “Top of Form

Título del libro

Autosucción”, uno de estos libros contenido de una parte llamada “Los sonetos del hedor”, ahora no recuerdo cuál; aún conservo lo que fueron entonces los manuscritos de estos libros que él publicaría lue-

go con la editorial “A puto el postre”. De hecho, en relación a esto se encontraba dolido y molesto por la forma en que ambos textos habían sido recibidos por un editor del patio. Conservo para mí la amplia referencia que dio de este asunto.

Un tema frecuente de las conversaciones era su dolor por lo que consideraba desidia y maltrato hacia su poesía por parte de quienes, continuaba afirmando, había considerado sus amigos en la poesía, así como el dolor que le causaba su soledad amorosa, de la que nunca podría salir, afirmaba, por su empeñada timidez. Sus únicas referencias de genuina alegría eran las menciones que hacía de su hermana y su sobrina, radicadas en Guatemala. Sobre ellas se extendía gratamente en sus conversaciones. Pero todo lo demás era dolor. Fue entonces cuando comenzó su mención de dolencias físicas, sobre las que nunca especificó cuáles eran, y las que no eran tampoco visibles, aparte de su sordera, la que lo forzaba a crear un efecto acústico con la mano para encauzar el sonido más allá de la ayuda de sus audífonos para poder escuchar en las conversaciones. Y aun así se veía precisado a virar su cara de manera que los oídos quedaran de frente a su hablante.

Pero si su dolor era su constante también lo eran su risa y sus anécdotas. Fue por eso que, al momento de comenzar a afirmar que terminaría lanzándose al río Hudson parecía la expresión lúdica de un poeta para dramatizar un efecto. Lo decía y reía. Reía y su mención parecía una broma, un tropo exagerado de su habla como poeta. Supongo que era precisamente eso, y que el asunto consistía entonces en definir qué es la imagen para un poeta aunque la mencionara riendo. La ocasión, en que ya con alguna preocupación quise saber el alcance de lo que decía, me contestó diciéndome que si no se lanzaba al Hudson cuando cumpliera determinada edad su cuerpo activaría ciertas dolencias que le aquejaban y terminaría de igual forma muriendo. Es lo mismo, me dijo. Pero entonces comenzó a reír y, así, en plena risa me dijo que yo tomaba sus bromas muy en serio y acto seguido cambió de tema.

Me parece que fue por su problema de audición, o por su sentido de las palabras, que algo, de lo que puedo tener idea pero no estoy seguro, le molestó. Conversábamos tranquilamente en Starbucks cuando

se molestó, muy visiblemente, y no quiso atender más la conversación y recogió sus cosas. Me pareció un enojo cuyo alcance sería pasajero pero aun así traté de calmarlo, pero no atendía razones en ese momento, si fuera el caso que las escuchara. Se marchó. Le llamé luego, varias veces, a su apartamento, pero levantaba el teléfono, emitía un gruñido al reconocer mi voz, y enganchaba inmediatamente. Ya tenía noticias de que en ocasiones se molestaba de esa manera por malentendidos similares al mío y decidí esperar por alguna reconsideración de su parte.

No volví a saber de él. Años más tarde supe que estaba fuera de la isla. Y que su antigua mención no era un tropo literario. Se había lanzado al Hudson.

### **Arnaldo, el Hudson**

Vestigio de alguna olvidada gota,  
de algún maltratado rocío,  
de algún avergonzado diluvio  
hay un río cuyo abrazo, sereno o tierno, es mortal.  
Un río cuya fingida paz secuestra sin piedad a los hombres que miran  
sus adentros.  
Un río que busca de sus bocas el último aliento.  
Témelo. Porque su llamada, aunque húmeda, tiene el calor de mil  
desiertos,  
y ese río es fatal para los poetas desventurados.  
(Pero, ¿cómo evitar su asalto,  
si no podemos saber qué sombra aguarda tras el blancor de una son-  
risa?)

Tras la blancura de tu calcio  
su humedad sueña con darte su cálido abrazo  
y tras los gestos de tus manos  
ese río te golpea te arrastra te asfixia te rompe te hiela te desmiembra  
porque el cariño de su beso no tiene piedad  
porque el abrazo de su espejo es inmisericorde

porque el recibimiento de su hondura es definitivo  
porque no importa si cálido o helado  
su caricia es devoradora  
su amor es para siempre  
y tú, poeta emancipado, sientes el llamado de sus aguas  
como prueba última  
de que tú también amas desde lo profundo)

(Desde sus aguas sin orillas el río Hudson corría hacia tu encuentro)

Sentado frente a mí murmurabas  
“Ya todo está escrito,  
no hay solidaridad entre los poetas puertorriqueños,  
todo es dolor y desconsuelo”  
Y me mirabas tras la mesa humeada de café.

(Pero el Hudson es ancho y ajeno,  
apenas cabe en tus miopes ojos  
que miran hacia la libertad de las formas perdidas,  
que miran a la tierra que existe tras las orillas,  
apenas cabe en nuestra angosta mesa  
donde solo vive la palabra del acuerdo  
y ese río, en algún lugar, se revuelve molesto)

“El dolor no importa”, te respondo,  
pero tú no escuchas.  
Prefieres hablarme de la muchacha dominicana  
por la que una vez lo abandonaste todo.  
“yo le decía Popa me aclarabas, y a mí Pinguin,  
por la fogosidad de nuestros encuentros”  
y reías feliz por tu recuerdo.

(Pero celoso de amores y explayado en tu vacío  
el Hudson seguía su marcha escondido en tu saliva de poeta tímido.  
Un río que ahora es ancho, pero que ya no es ajeno  
porque viene caminando en tus ojos

y ahora tu sueño es la bandada de aviones que vuelan a sus costas)

Ahogado en un mal café continúas murmurando  
“El Libro de Sí, sí. El anterior no es mi libro,  
pero no hay solidaridad entre los poetas puertorriqueños,  
solo amor incestuoso, falso,  
que nunca es correspondido.”

(Y ya el Hudson corre hacia tus ansias como un retorno eterno,  
como la fantasía nitcheniana que vuelve una y otra vez  
para regresarte al vientre materno,  
un río que bebe su ansia en tu dolor de poeta insatisfecho)

Y un murmullo de augurios desde la tristeza de la fatalidad te cubre:  
“Tendré que morir pronto, me dices.  
Lo haré yo o lo hará mi cuerpo,  
pero ya todo está prescrito en el tiempo.  
Una enfermedad me llevará  
o me lanzaré al Hudson”.

—Pero tú lo sabes, Arnaldo, lo sabes:  
los poetas nunca mentimos pero jamás decimos la verdad.  
Entonces, ¿cómo creerte  
si ajenas al tiempo y la finalidad  
la luz y la oscuridad se confunden en nuestras bocas?  
¿Cómo saber que hablabas en serio  
si decir “me lanzaré al Hudson”  
puede ser un verso tan bueno como cualquier otro?

“No habrá muerte”, te digo,  
y regresas a Pinguin y tu relato de amores  
para esconderte de ti mismo.

(Pero ya todo está perdido,  
Ningún relato de final feliz quiere ser posible.  
El Hudson corre hacia tu cuerpo,

como si no tuviera aguas,  
como si anduviera abrasado de soles,  
como si estuviera asfixiado de una sed  
que sólo tú podrás saciarle  
porque ese río vuela hacia ti sediento)

—Y yo sigo desconociendo de sus aguas,  
sigo creyendo que es un verso mal escrito  
que sale de tu boca—

(Pero en algún sitio del planeta  
que no es la plaza en la que a diario tomamos café  
el Hudson se estira como un dragón de diamante  
y espera con amplia paciencia tu llegada.  
Está allí, desde Nueva York a New Jersey  
y se estira sobre 506 kilómetros de longitud,  
llevando sobre sus lomos antiguos exploradores,  
barcos que ahora son leyenda,  
desplazándose y helando caminos a su paso,  
recibiendo los aviones que se estrellan en sus espaldas,  
alimentándose ávido de la sangre de los suicidas  
que se declaran poetas)

En un último murmullo me preguntas si he visto el Hudson,  
si tengo memoria de sus aguas.  
Te contesto que no, y tú sonríes  
y me dices “es una puta chulería”  
mientras juegas con tus lentes  
y prosigues el diálogo de tu cadenciosa voz:  
“En Guatemala al Poeta se le trata con respeto,  
a la bailarina con respeto —es tu hermana—,  
y a mis amores con respeto  
—es tu sobrina, sabemos—.  
Aquí se te trata con un “veremos” si llegas a la fama  
y con un “adiós” si no lo haces.  
Pero ya todo está escrito, sentencias.

Y de repente sonríes feliz,  
dichoso de que exista la amistad,  
de que puedas revelar tus secretos  
contra la pèrfida envidia y los malsanos compañeros de ruta,  
sonríes alegre de que exista la inocencia,  
de que haya existido Popa,  
de que tú seas Pinguin.  
La alegría, dices, es una tarde explayada jugando baloncesto.  
Un mal café en Starbucks los mediodías  
o un buen café algún sábado en la noche.  
La alegría es eso y nada más.

(Pero el sonido sordo de tus oídos es aliado del Hudson,  
ese sonido que no escuchas y que imaginas,  
es tu enemigo absurdo y traicionero.  
En tus falsos oídos un abismo de sinsentido  
rompe la monotonía de tu ser tranquilo  
y se pervierte en palabras que crees escuchar.

Tu sordera es ese río Hudson proscrito,  
tu sordera es su murmullo lejano cubriéndote de dolor,  
tu vacío es el recelo de sus aguas enturbiándote los tímpanos.

De ese embate de palabras nunca dichas llegó la ofensa  
donde solo hubo palabras de bondad...  
(¡Ay, cómo salta el Hudson cuando se esconde y se encubre para atra-  
par a los hombres,  
cómo se finge vacío para atrapar los espíritus solitarios!)

Y de repente, en una despedida furtiva y molesta  
por los malentendidos con los que tu oído apagado  
cercaba tu bajo vientre, te marchas,  
y desde el rastro de agua caído sobre la mesa  
un río se estira para saltar sobre tu vida.

¡Ay, hermano, ahora dicen que fuiste tú el suicida

y no hablan de ese río traicionero que desde tus sueños se enamoró de tu cuerpo!

Trémulo, alargó una palabra para romper tu silencio de voces que no suenan,  
de palabras que cincelas desde el vacío,  
pero si no lanzas sobre mí la mirada  
el aire de mi boca es solo dibujo de palabra que no escuchas,  
es solo un vacío que no comprendes,  
un sonido vedado a tus oídos cuando el viento no está de tu parte.

(Y ya ese río de oscuros furores no puede revelarme qué falsa palabra escuchaste.

El Hudson saltó, hermano,

y húmedo y tierno te tomó entre sus fauces.

Ah, ese río que bebe historias y cuentos, y que ahora dice tu nombre)

Vana fue la llamada de tu silencio sobre el mundo,  
y de acero de lluvia fue tu puente sobre las aguas.

Ahora la poesía reveló su tinta.

La sinécdoque cruel de tu sonrisa al decir “me lanzaré al Hudson”

no era la broma de un poeta,

era su imagen desesperada revelando tu grito sobre el mundo.

Pero no lo supe, hermano,

repletas de versos nuestras bocas y oídos,

la verdad de tu grito nunca la supe

y leí poesía de ritmo

lo que solo era un verso de dolor.

Y ahora tú murmuras, Arnaldo, tu acompasada voz, ahí sentado,  
siempre murmura.

En Starbucks o Kasalta, mediodías o noches,

tu voz de poeta siempre murmura.